

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 82 AÑO 2012

TEMA 1: VIDA DE WAGNER

TITULO: **RICHARD WAGNER BUEN CONOCEDOR DEL ALMA DE LOS NIÑOS**

AUTOR: *Dr. Curt Rich, Hohberger Schmölln en Alteburg*

### **ARTICULO PUBLICADO EN EL “BAYREUTHER FESTSPIELFÜHRER” DE 1925**

Hoy en día se nota por todas partes un anhelo por la verdadera, auténtica música alemana y entre todos los grandes Maestros de este arte a ninguno se le agasaja más que a Richard Wagner. Sólo los músicos impresionistas, la mayoría jóvenes estudiantes de música, se manifiestan con desprecio e indiferencia sobre el Maestro de Bayreuth. También los antiguos admiradores de Wagner, como Thomas Mann, no hicieron de su desafecto ningún secreto. Todos estos impresionistas desafiaron al músico dramático por su trabajo con los leit-motiv que a ellos les parecían algo opresores, esclavizantes, demasiado intelectuales. Ellos combatieron en Wagner el espíritu positivo e intelectual, no encontraban en él lo que ellos querían: la pura expresión del alma. ¡Qué poco conocían el genio de Wagner! Como en todos los grandes Maestros encontramos también en Wagner un sentimiento y un pensamiento igualmente grandiosos, un firme intelecto que se corresponde a un también firme sentimiento. La profunda espiritualidad de Wagner se encuentra en primera línea en sus poemas. Pero también como músico entiende Wagner, como pocos compositores han hecho, la vida del alma de las personas, comprende lo anímico de sus acciones y lo descubre en los correspondientes temas musicales llamados motivos. El estudio de estos llamados “Leitmotive” nos permite dar una admirada mirada a la vida espiritual de Wagner. Pero lo que nos descubre del todo la sensible alma del Maestro de Bayreuth es cuando prestamos atención al amor que Wagner sentía por los animales y los niños. El mismo Hans von Wolzogen ha escrito un precioso librito con el título: “Richard Wagner y el mundo de los animales. También una biografía.” Mientras el amor de Wagner por los animales (y la Naturaleza) es tratado en numerosos escritos, nadie celebra en Wagner el conocedor del alma de los niños. Se sabe, y también es una psicológica realidad que personas que aman a los animales sienten además un gran amor por el

*Associació Wagneriana. Apartat postal 1159. Barcelona 08080*  
*Http://www.associaciowagneriana.com info@associaciowagneriana.com*

mundo de los niños. Wagner no es ninguna excepción. Sorprendente y emocionante es leer cuanta alegría le producen sus hijos, con que amor estaba ligado a ellos, como profundiza en sus personas, como está atento a su conducta y a sus ocupaciones, cuando todavía eran pequeños los trataba con humor, jugaba con ellos, iba con ellos de paseo, más tarde les hacía de profesor y educador casero, (para el hijo escogió al notable Heinrich von Stein). Hay que demostrar que este gran amigo de los niños dejó también testimonio de ello en sus obras de arte. El “Idilio de Siegfried”, fruto de la felicidad de Wagner por el nacimiento de su hijo Siegfried (1869) nos demuestra una vez más como amaba el alma infantil, y esto nos lo confirman los dos poemas: “Siegfried” y “Parsifal”, por descontado mucho más intensamente en el “Festival Sagrado” que en “Siegfried”. Los dos héroes son como unos niños, puros, inocentes y torpes. No es ningún milagro que los dos héroes, en su juventud, hablen y actúen de manera infantil ya que han crecido en la soledad del bosque. Pocas personas se encontraban en su entorno. Mime y Herzeleide tenían en sus manos la educación de los niños, una educación que no se dedicaba a la formación del espíritu sino a la destreza corporal. Los dos educadores están contentos cuando sus discípulos deambulan por el bosque lejos de la gente, cuando escuchan la naturaleza y observan los animales, cuando con un arco que ellos mismos han construido matan los animales salvajes. De todas maneras Wagner pone en boca de Siegfried palabras que dan testimonio de ser una persona sensata, con un espíritu fuerte, no faltando en sus coloquios pensamientos y expresiones profundamente filosóficas, ahora bien en numerosos lugares se encuentran expresiones infantiles donde aparece la ingenuidad, ante lo cual se deja ver claramente el concepto que Wagner tiene del alma infantil. Naturalmente esta ingenuidad siempre aparece allí donde Siegfried habla del bosque y de sus habitantes. ¡Como ama los animales del bosque y del riachuelo! ¡Cómo ha observado atentamente su vida y su comportamiento! Ha conocido estos queridos seres desde las suaves caricias de los constructores de nidos a los pajaritos empollados, hasta los “mansos apareamientos de salvajes zorros y lobos.” Este amor por los animales es lo que hace que Siegfried reconozca ante Mime: “Todos los animales me son más queridos que tú, árboles y pájaros los aprecio más que a ti.” Y cuán ingenua suena la pregunta del muchacho a su educador: “¿Me hiciste tú sin una madre?” Ya la expresión utilizada continuamente por el joven – en todo el curso de la acción - “hacer, co-

meter”, “hiciste” en este caso, en lugar de “engendrar, procrear, parir” es propia de la infancia. En general numerosas palabras y adjetivos corresponden a la mentalidad de un niño. (por ejemplo pez “reluciente”, “brillante”, entre otras). Absolutamente infantiles son también las preguntas de Siegfried sobre sus desconocidos padres, así como su reacción ante las respuestas de Mime. La contestación despreciativa y evasiva de Mime a su pregunta sobre los padres: “¡Qué dices del padre! ¡Qué dices de la madre! ¡Pregunta inútil!”. Subleva al joven héroe de manera que furioso “agarra por la garganta a Mime”. Mientras Parsifal sabe, por lo menos, el nombre de la madre, Siegfried desconoce el nombre de sus padres y debe conocerlos a través de Mime, pero cuando sabe que su madre muere al nacer él, plantea triste la pregunta: “¿Así mi madre murió por mí?” y conmovido piensa en la madre, trasladando el amor que siente por los animales a ella e imagina que los ojos de la madre no son tan distintos de los amados bellos ojos de la corza: “ ¡Cómo ... sería el aspecto de mi madre! ¡Esto no puedo imaginarlo! ¡Seguro que el claro resplandor de sus ojos debía ser como el de la corza...pero mucho más bello!” O pregunta inquieto: “Ella me dio a luz medrosa, pero ¿por qué murió por ello?, ¿mueren todas las madres humanas al nacer sus hijos? ¡Qué triste sería esto!” Su madre le parece algo más que una simple persona ... hasta este momento sólo a conocido a una, el aborrecido, enojoso Mime, por lo que lamenta que su madre sea humana. Infinitamente grande es su afán por la querida madre: “¡Ay, deseo ser hijo de mi madre!”. Pero cuán profundamente vive la madre en su corazón se demuestra sobre todo por el comportamiento de Siegfried ante el despertar de Brunilda, allí aparece de nuevo una verdadera conducta infantil. El joven héroe que nunca había visto un ser femenino siente miedo al ver la doncella. Él, que nunca siente miedo, que abate sin temor gigantes y dragones siente miedo y llama a su madre para que lo ayude: “¿A quien puedo llamar para que me ayude? ¡Madre, madre! ¡Piensa en mí! ¡En tu valiente hijo!” Esta llamada temerosa hacia la madre es la misma que se escucha: ¡Madre!, por las calles y callejones a los niños que huyen temerosos de los mayores más fuertes que les golpean y les atrapan, y esto aunque la madre esté lejos, aunque quizás no esté en casa. Y cómo se asusta el buen joven ingenuo cuando descubre por primera vez una mujer, cómo se inclina para percibir su aliento, cómo intenta cuidadoso, y por supuesto inútilmente “romper” el estrecho cerco. Cuán infantiles suenan las sorprendidas palabras al recuperarse del sobresalto:

“¡Ah, qué bella!” Y aunque las palabras que siguen a esta exclamación no parecen tan infantiles retratan exactamente el ser de Siegfried. Él, que a partir de su juventud, se ha encontrado con todos sus sentidos sumergidos en el mundo de la naturaleza ahora compara la belleza de la mujer con la belleza de la naturaleza: “Luminosas nubes corren como olas por el mar celestial, y la imagen risueña de un brillante sol reluce a través del mar ondeante.” Sí, hasta con humor ha provisto Wagner a la juventud, nos lo ofrece en la belleza única de la escena del bosque, en la conducta del joven héroe ante el Dragón: “Me muestras una linda boca; en tus fauces sonrientes dientes.” También incitan a la risa los inútiles esfuerzos que Siegfried realiza para imitar, en vano, las melodías del pájaro del bosque con la flauta que él mismo se ha fabricado. ¡Puede ser que nosotros mismos – seguro también el Maestro – en nuestra niñez también lo habíamos intentado!

Pero más que Siegfried es Parsifal, quien también fue criado en la soledad del bosque, el que tiene sentimientos y conductas infantiles. Es interesante ver como ya en el borrador en prosa de Munich (1865), las inocentes e infantiles respuestas y preguntas de Parsifal hablando con Gurnemanz y Kundry en el drama, muestran una extremadamente sutil profundidad psicológica que Wagner, como conocedor del alma infantil, caracteriza de manera extraordinaria. Seguro que en esto le ayudó a Wagner el contacto con su familia, estudiando con gran amor e intensa atención la vida anímica de sus propios hijos. - ¡Sí, Parsifal es un puro inocente! Él no sabe que ha cometido un grave pecado, no sabe su lugar natal, no conoce a su padre, ni tan sólo es capaz de decir su propio nombre. Lo que sabe es que tiene una madre que se llama Herzeleide, que ellos se encontraban en casa en los “bosques y salvajes praderas”. Pero la manera como estas respuestas salen de la boca de Parsifal ha sido magistralmente creada por Wagner y se basan en el profundo conocimiento que él tiene del alma infantil. ¡Poco le importa al alegre muchacho, el bosque, el nombre del padre muerto, su lugar natal o su propio nombre! No se avergüenza de su ignorancia y contesta a las preguntas de Gurnemanz con una viva, breve y estentórea respuesta: “¡Esto no lo se!”. Pero cuando después el viejo quiere saber quién le ha dado el arco, al jovencito se le ilumina el rostro, alegre Parsifal recuerda la tarea preferida durante su primera juventud y contesta orgulloso, aunque sin ostentación: “Me lo hice yo mismo para hacer huir las águilas”. Y cuando finalmente Kundry cuenta sobre su juven-

tud acuden a él súbitamente los más vivos recuerdos de tiempos pasados y con viva elocuencia – de manera auténticamente infantil - sale de su boca un torrente de palabras y Parsifal informa sobre los días pasados. Puede observarse que en el relato falta algo psicológico en las descripciones. Ante las sucesivas palabras de Kundry, Parsifal se introduce con un: “Sí ... y una vez ...” ante el miedo de parecer un niño. No debe ser Kundry, la mujer, la que hable sobre su juventud, no la deja hablar y continua impetuoso: “Sí y ...”. Qué sabroso contraste entre las lacónicas respuestas: “Esto no lo se” y ahora este espontáneo relato. Y con cuánto encanto induce Wagner a su héroe a expresarse, en abstractos conceptos no con palabras concretas y rotundas. Así Parsifal en lugar de caballos dice “bellos animales”, en lugar de caballeros “hombres resplandecientes”, en lugar de gigantes “hombres grandes”. Naturalmente, en algún lugar debe haber escuchado estas expresiones. La experimentada Kundry sí, ella ha podido informar: “Malvados y gigantes temieron su fuerza”. El puro inocente tampoco conoce la diferencia entre lo bueno y lo malo aunque posee el sentimiento de lo bueno. La imagen de la madre se halla firmemente encerrada en el cofre de su corazón, la ama por encima de todo. Por esto el “muchacho” cae en una terrible excitación ante el mensaje de Kundry anunciando la muerte de la querida madre. Se siente impulsado a la acción llegando finalmente a la explosión. Parsifal salta furioso sobre Kundry apretando su garganta, pero estos violentos sentimientos “tienen su fundamento en la sensibilidad y gran emotividad de su vida interna”. (Erich v. Schrenck “Richard Wagner como Poeta”. Pg. 196). Por esto no es un milagro que el joven colérico, ante la amonestación de Gurnemanz quede “petrificado”, cayendo después en un “intenso temblor” y finalmente balbuceando las palabras: “¡Yo ... me ahogo!”. Y en este momento el puro inocente que hasta ahora había llevado una vida de aventuras y alegría juvenil por los bosques y los prados es conducido por Gurnemanz al Castillo del Gral, el maravilloso santuario del mundo, donde verá las cosas más singulares, que naturalmente el niño del bosque no entenderá.. El joven, “inmóvil y mudo” completamente extasiado, permanece a un lado, sin atreverse a interrumpir los festivos actos que para él son singulares y nuevos, sólo una vez “ante las quejas de Amfortas” hace un “vivo movimiento sobre el corazón” que mantiene convulsivamente. También en el segundo acto Wagner, en la poesía, se empeñó en darle al héroe puro inocente una psicología más profunda que en el bosquejo en prosa. Así en el borrador sólo se

dice: “Parsifal queda sorprendido ante las expresiones amorosas de las bellas mujeres, pero completamente inocente, ya que a él la cosa le parece un juego de niños sin ver lo serio de la situación ... Parsifal continúa actuando como en un juego infantil, no quiere entenderlo y no muestra ninguna gravedad.” ¡Cuán maravillosamente está situada esta escena en el drama! Cuán hipócrita y confusa suena la pregunta que falta en el borrador: “¿Si os digo bellas, os parecerá bien?”. Esta actividad de las muchachas le es tan nueva que las observa admirado sin moverse de su sitio. Tampoco puede hablar, o por lo menos poco, sólo mira. Y cuando el poeta hace charlar de manera impulsiva a las muchachas, Parsifal contesta brevemente a las preguntas planteadas: “¡No lo quiero!” o “¡Esto lo haré a gusto!” Hasta cuando las mujeres con sus floridos vestidos se acercan a él y acarician suavemente sus mejillas, permanece en el centro del corro con serena calma, ante lo que nunca antes ha sido conocido por sus sentidos. Ante esto dice: “¡Qué perfume tan dulce! ¿Así sois flores?” Sólo cuando las muchachas son más insistentes las rechaza y se muestra contrariado cuando se pelean por él. Al fin las aparta enfadado y quiere huir. Con infantil alegría les grita: “¡Basta! ¡No me cogeréis!”

El presente tema: “Richard Wagner, Conocedor del Alma Infantil” se me presentó con gran viveza cuando en la pasada época del Festival, al visitar la casa Wahnfried, me encontré con los hijos de Siegfried Wagner que con sus maneras infantiles deambulaban por allí. Qué alegría habría llenado el corazón del abuelo, tan amante de los niños, ante tales nietos. Y cuando me encontré ante la tumba del Maestro, amigo de los niños y de los animales, pensé que el Domingo 18 de Febrero de 1883, después de marcharse los doloridos amigos del lugar mortuario, sólo permanecieron los hijos de Wagner y sus dos perros, Marke y Froh ante el abierto sepulcro.

*Traducción: Rosa Maria Safont*